EDITORIAL

Hablar de diseño de interiores es una empresa quimérica — y tenemos el deber de perseguir la quimera—, por la sencilla razón de que apenas existe en la medida en que pueda ser objeto de análisis y síntesis medianamente satisfactorios. Todo se produce aquí con extremada fluidez. Qué difícil ponernos de acuerdo siquiera sobre los conceptos más elementales, primeros. Y esto es evidentemente signo de expansiva vitalidad. Las realizaciones no pueden distinguirse aún con claridad de los afanes.

Por esto, en vez de teorizar, hemos preferido mostrar unos casos concretos, todos ellos recientes. Nos atrevemos a creer que al igual que nuestra arquitectura inicia una ascensión notable, la de interiores merece un interés semejante. Al fin y al cabo, la labor del arquitecto no debería terminar en el acabado de una estructura y en la configuración de una fachada, sino llevar su acción hasta el final y construir también los interiores. Acaso sólo por el hecho de que un edificio tiene su razón de existir al tener que ser habitado, esta tarea de construirlo interiormente se presenta como la más difícil.

Los ejemplos que damos no puede decirse que sean fruto de una laboriosa selección: se trata de una visión de todo lo realizado con rigor, con un margen, que aceptamos, de discusión y controversia. Conviene aclarar aquí que la mayor parte de estas obras pertenecen a profesionales de la arquitectura. No son muchos los arquitectos que dedican especial atención al interiorismo, lo que puede deberse en gran parte a causas económicas — por el escaso margen que labores de este tipo pueden proporcionar, especialmente en el caso de viviendas —; la casi totalidad de interiores de verdadero interés son, de todos modos, obra suya.

Los temas son en cierto modo diversos: el interior de una vivienda — la masía de Coderch —, el local del OCI, la sede de una entidad cultural y recreativa — el Ateneo de Tárrega —, la sala de actos del colegio San Ignacio, un stand Formica FAD, un restaurante y seis tiendas. Estaba prevista la inclusión de una obra de Federico Correa — la vivienda de los Sres. Pomés —, que al cerrar el número no había podido llegar a nuestro poder. Para suplir de algún modo su ausencia añadiremos que trabaja actualmente en los interiores de las sucursales de Hispano Olivetti en España, las cuales no desea ver publicadas hasta que pueda ofrecerlas en su conjunto.

Cada una de las obras que se incluyen en este número plantea problemas diferentes que sería interesante analizar con atención, si contásemos con el suficiente espacio. Los autores se han encontrado con unos condicionamientos que, aunque varían sensiblemente según el tema, participan de unas características comunes. Han de moldear en general un espacio ya existente, encajando su actividad en el marco de una arquitectura dada por el edificio. Lo de menos será el divorcio resultante entre éste y el interior creado, con el fragmento de fachada que haya podido ser modificado, ya que algo se habrá salvado. No es casual que sean mayoría las tiendas, que de todos modos varían mucho según la función a que estén destinadas. Un establecimiento comercial se moverá siempre de manera más dinámica en relación con el tiempo que otros locales. La fachada de una tienda constituirá un reclamo de sí misma, y no es extraño — y son palabras ahora de Fullaondo — que una tienda se perciba infinitamente más que un edificio. Podremos observar en los distintos planteamientos de las tiendas que incluimos aquello que es general a todas ellas y lo que las individualiza. Así, por lo común, el diseñador ha de contar con que el público ha de permanecer poco tiempo en el interior, aunque pueden darse casos como el de Sonor en que importe crear un ambiente que incline al visitante a escuchar los discos que pueden interesarle de manera que le resulte agradable.

Como resultado del insuficiente desarrollo del diseño, el interiorista se ve obligado con frecuencia a emplazar objetos ya existentes, procurando que encajen en el interior de la mejor manera posible. Parece evidente que el diseño, por más que lo parcelemos por diversas razones metodológicas, es, al menos por ahora, uno solo. El creador aspirará casi siempre a diseñar no sólo lo relacionado con los problemas espaciales, sino también los objetos en general, incluidos los más pequeños. Una obra así resultaría una perfecta estructura en la que cada parte estaría en función del todo. Lógicamente, en la práctica, esta acción se diversifica. Aun así, si el mercado contara ya con la suficiente variedad de objetos bien diseñados — es decir, diseñados —, la simple elección de aquellos que parecieran más idóneos podría bastar en muchos casos para la adecuación de dichos elementos al conjunto. Pero, como recordábamos al principio, el diseño se halla en sus comienzos. Todo resultará un tanto provisional, casuístico, improvisado. Estas muestras de interiores diseñados recientemente en Cataluña reflejan, al mismo tiempo que estos problemas generales del diseño, la realidad de unos pasos que están empezando a ser firmes.